

desde hoy en adelante sea el mismo que te ha ocultado ante mis ojos del tuyo musulman, ¿me darás gusto?

—Sí, padre mio, contestó el jóven estrechándole contra su corazon.

—¡Qué corazon tan bueno y tan noble! repuso el anciano, dirigiéndose à Reduan.

Este contemplaba esta escena con los brazos cruzados víctima de una indecible sensacion: su pecho se levantaba en ondulaciones precipitadas y sus párpados despedían lágrimas como garbanzos; el anciano le dijo á Jacinto:

—Abrazad tambien á vuestro amigo, hijo mio.

—Desde hoy lo es mio á la faz del mundo; y se arrojó en los brazos de Reduan. La esclavitud acabó á mi lado, Reduan, ¡qué felicidad! y tú tambien serás cristiano, eh?

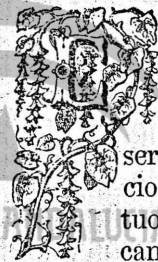
—Cuando nos volvamos á vuestro palacio concluiré de contaros mi historieta de Oviedo; contestó Reduan, haciendo al mismo tiempo señas al anciano aragonés que queria hablar al oír la pregunta del jóven caballero.

—Sí, amigo mio; nos volverémos tan pronto diga cuatro palabras mas del asunto de mis amores. Espero, padre mio, añadió el jóven, dirigiéndose el anciano, que será asunto de pocos dias, la doctrina cristiana la sé toda y por consiguiente me encuentro dispuesto para recibir uno y otro sacramento. Decidme, pues, que muy en breve seré cristiano.

—Tan pronto como me aviste con el venerable Mahomad que ha de ser el sacerdote que os bautice y os case, contestó el anciano.

—Gracias, padre mio. Manifestad á vuestras amables hijas la causa de mi ausencia y esperaré impaciente vuestro aviso en mi palacio: adios, padre mio, adios. Un abrazo apretado y afectuoso separó á estos dos hombres nobles y valientes.

CAPÍTULO V.



N el interior del palacio del caballero Al-
bayaldos notábase un movimiento de ani-
macion y vida sorprendentes: por todas
las habitaciones pululaba una numerosa
servidumbre, afluyendo toda ella á un pre-
cioso retrete trasformado rápidamente en sun-
tuoso oratorio. Un altar microscópico pero en-
cantador, elevábase en su interior y frente á la
puerta. Veíase en el centro del altar un crucifijo de
marfil en una cruz de brillante ébano, teniendo á sus
piés un magnífico sagrario de la misma madera, é
incrustados en él centenares de estrellas ostentando
cada una de estas en su centro un radiante rubí.
A los costados de esta sagrada reliquia hallábanse va-
rios candelabros de plata y dos hermosos cuadros que
representaban la epístola y el evangelio. El misal y
su atril eran dos obras primorosas cada una en su arte,
y un cuadro pintado al óleo que representaba á la
Santísima Trinidad coronaba con santo orgullo aquel
altar modelo de hermosura y valor. Un vistoso dosel
de tisú de oro rodeábale en todas sus partes y gran-

des borlas de este último y precioso metal pendian del centro y sus extremos, sujetando con graciosa coquetería una cortina de encarnado terciopelo que ostentaba en su centro un bellissimo cáliz bordado de oro y ribeteados sus bordes y peana de blanquísimas y esmaltadas perlas.

En este lindísimo oratorio que toscamente acabamos de describir, iba à tener lugar la doble ceremonia de bautizar y casar al caballero moro Albayaldos. Su numerosa servidumbre toda como él mora iba à ser tambien bautizada: por lo que la religion cristiana ganaba en este dia por la irresistible gracia de una vírgen, mas que se hubiera ganado en veinte años de incesantes combates.

Serà preciso, indispensablemente preciso que retrocedamos un poco y manifestemos en compendio el fin de la historia del doctor Reduan, comenzada cuando el caballero Abayaldos se hallaba herido en cama y que si mal no recordamos trataba sobre la esclavitud de aquel en Oviedo. Es el caso pues que Cobaida trataba à toda costa que su amante Reduan se hiciese cristiano: este se resistió por largo tiempo con una tenacidad atroz apurando al mismo tiempo todas las figuras retóricas del alcoran para que Cobaida à su vez dejase de ser cristiana; empero todo fué en vano: el amor, ese ser invisible y en extremo dulce, hermoso, heróico y virtuoso hasta lo sumo, triunfó como era de esperar de aquella naturaleza fuerte é ilustrada, y Reduan, humilde é iluminado con el fuego, casi celeste que la pura y hermosa Cobaida supo inspirarle, abjuró sus errores y abrazó de todo corazon el cristianismo que habia de acompañarle hasta su muerte y llevarlo despues de ella en alas de la virtud à la mansion que en el cielo está destinada à las almas justas.

Reduan era un hombre modelo. El era cristiano sin afectacion, virtuoso sin lunar, sin límites honrado.

Habia quedado viudo en su juventud de la pura Cobaida y juró sobre los lívidos y helados manes de este ser virtuoso y angelical, no pertenecer en adelante mas que á Dios y á su memoria. ¡Y lo cumplió! ¡qué abnegacion! ¡qué heroismo!

El caballero moro Albayaldos al escuchar el fin de la historieta de su doctor le abrió sus brazos y el señor y el esclavo se confundieron: sus corazones latieron juntos por espacio de algunos instantes y al separarse los unia el lazo de una verdadera y fraternal amistad. ¡¡Cuán grande es el cristianismo! ¡De qué manera tan sublime une, á los hombres, aunque estos hayan sido anteriormente mortales enemigos! ¡El cristianismo! ese vehículo religioso y por todos conceptos digno de adoracion, que por do quier pasó dejó estampadas sus huellas de profunda sabiduria y civilizacion! el cristianismo, ese árbol inmenso y colosal que tiene su basa cimentada en el seno mas palpitante de la sociedad humana, su arrogante copa oculta en las regiones celestiales y sus brillantes ramas estendidas de oriente á occidente! el cristianismo, ese astro inconcebible que hace la fabulosa suma de diez y ocho siglos apareció entre los hombres y nada ha sido capaz de hacerlo desaparecer! ¿y cómo seria esto posible siendo como es una religion santa, divina, la única en el universo digna de respeto y veneracion por sus verdades incostestables?

El cristianismo es el lazo visible que une el hombre á Dios y la tierra al cielo. El hombre, miserable sér, arrastrado por sus estraviadas y volcánicas pasiones, olvidaria frecuentemente sus mas sagrados deberes si el cristianismo no se los recordase á cada momento con sus ritos y ceremonias. Él ofrece un castigo cierto al crimen y un premio seguro á la virtud.

Es pues la vida humana un tejido de bienes y de males; mas desgraciadamente estos dominan de tal modo en ella; que los sábios de todos los tiempos la han mirado como una vida de prueba y de preparacion para

otra vida mas duradera y mejor. Esta vida, pues, es algunas veces tan desdichada que se haria insoportable si no viniese el cristianismo à consolarnos en nuestras punzantes aficciones. Cuando perdemos à nuestros abuelos, à nuestros padres, à nuestros amigos, todos los objetos que en este mundo mas amamos, echamos un puente sobre esta vida y vamos à encontrarles en la otra. En fin, nos trasladamos á ella cuando esta huye de nosotros ó no nos ofrece mas que dolores. De manera que el cristianismo nos consuela y fortalece hasta el borde del sepulcro!.....

Eran las seis de la mañana de un dia claro y sereno: de uno de esos dias que en la florida primavera imprimen la sonrisa y la felicidad en los atezados cuanto bellisimos semblantes de las hijas de la opulenta y poética Sevilla. El sol ligeramente pálido, comenzaba à teñir de un blanquizo dorado las torres y minaretes de sus robustas fortalezas. En las habitaciones que precedian al oratorio que líneas mas arriba hemos descrito, se agitaba una muchedumbre ianensa de personas de ambos sexos. Allí se veian los pintorescos trajes de los hijos de la ardiente Africa que, en honor à la gran fiesta que se celebraba, ostentaban sus mejores y mas ricas galas: mugeres hermosísimas luciendo lujosos y sorprendentes atavíos, figuraban en primera línea en tan escogida multitud. Una jóven bella entre las bellas era el objeto de la atencion general: esta belleza georgiana que se semejava à un àngel descendido del cielo para consuelo y dicha de los hombres, era la cristiana y virtuosa Julia ó Abigail, que hoy se unia con lazo eterno al caballero Albayaldos.

Un venerable sacerdote revestido con los ornamentos eclesiásticos, se presentó en la puerta del oratorio, sus manos sostenian un libro de arrugado pergamino y una vela encendida: todos los circunstantes al verlo se envolvieron en un respetuoso silencio y sus miradas se fijaron en la venerable persona del religioso: este

tomó el hisopo y roció con agua bendita á la lujosa multitud: el ministro del altar leyó en voz alta una oracion y un hombre y una muger asidos de las manos se apróximaron: la multitud les siguió; la ceremonia del bautismo y del desposorio se concluyó en aquel sitio; despues se dirigieron todos al oratorio; el santo sacrificio de la misa tuvo lugar en medio de un recogimiento grande y deferente por parte de los desposados y acompañantes; acto seguido pronunció el octogenario sacerdote un panegírico matrimonial, y finalizado se retiró la concurrencia de tan sagrado como bello recinto para dar lugar á la fiesta social.

El salon donde ésta se celebró se hallaba encantadoramente adornado: ricas y doradas lunas de Venecia de cuerpo entero pendian de las entapizadas paredes, multiplicando por do quier tan lucida multitud: magníficos y encarnados divanes de bordado damasco adornaban como una cinta de fuego las paredes á una media vara de altura del alfombrado pavimento: perfumados pebeteros de Arabia exhalaban incesantemente sus hilos aromáticos de esencia embriagadora: media docena de vistosas arañas de trasparente y diáfano cristal recibian la luz que les trasmitian las encortinadas ventanas, refractándose en ellas visos de mil colores; el sublime y sin rival en matices Arco de Iris parecia que rotó en un millar de diminutos átomos se habia fijado en cada una de dichas arañas.

Las danzas á la usanza mora se repitieron con animacion y grata armonía, y las músicas compuestas de instrumentos arábigos endulzaban el ámbito de los salones.

A las dos de la madrugada se disolvió tan encumbrada como lucida concurrencia, y libres los esposos de testigos, retirados ya al gabinete elegido para dormitorio, tuvo lugar el siguiente diálogo:

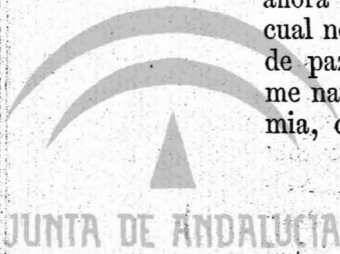
—Julia mia, ¿me amarás siempre?

—Puedes dudarle....

—No lo dudo ni un instante, amada mia, lo que deseo, lo que quiero es que me convenzas de ello, que me lo repitas con jadeante exaltacion para yo acabar de creerlo, porque tanta felicidad me estravia y me hace imperiosamente exigente: quiero, debo, necesito creerte, Julia mia, de otro modo mi vida seria un continuo tejido de tormentos.

Jacinto; repuso la jóven con grave pero dulce formalidad; eres mi primer y único amor; veo uno por uno los sacrificios que has hecho para interesarme, dado caso que mi amor no correspondiese al tuyo ilimitado, mi agradecimiento por lo que has hecho por mí seria inmenso, profundo, indecible, ¿qué será pues, amándote ciegamente, mi querido Jacinto?

Julia amada, vivo por tí y para tí: el mundo es ahora á mi vista un inmenso y ávido desierto en el cual no veo mas que tu linda figura cual matizado iris de paz y de amor: tus ojos me fascinan, tu aliento me narcotiza y tu hechicera sonrisa me enloquece, Julia mia, cuanto te amo!...



CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO VI.



El día siguiente al de la celebración del matrimonio, recibió el caballero Jacinto una carta del emir de Córdoba concebida en estos términos. »Caballero Albayaldos.

»Vuestra presencia en esta ciudad es indispensable para la conclusión del pleito que teneis pendiente con el caballero Selin Hamete, alcaide de Pozo-Blanco. Venid cuanto antes os sea posible que en abrazaros recibirá un estremado placer, el emir de Córdoba Abderramen.»

Nuestro joven árabe Albayaldos dispuso en vista de esta carta, su viage para la ciudad de Córdoba: despidióse pues de su querida esposa y al poner el pié en el estribo para montar à caballo la dijo besándola en la frente.

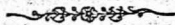
—Que te encuentre tan pura à mi vuelta como te dejo: adios.

La bella y desconsolada Julia no contestó porque las lágrimas y el dolor ahogaron su voz en la garganta: mas en cuanto la comitiva que acompañaba á su esposo hubo desaparecido de su vista, un pensamiento en es-

tremo misántropo cruzó por su ofuscadamente: instantáneamente fué realizado.

—Padre mio, dijo la jóven llorosa y desesperada al verse sola con su padre; volved á habitar nuestra casita de la calle de la Cruz miéntras mi esposo esté ausente; todos los dias vendreis temprano á la reja de los pisos bajos que os designaré á recibir el dinero que sea necesario para la compra de nuestro alimento: decid á todos los criados que se retiren á sus casas, los que las tengan y los que no en las de sus amigos; el sueldo les será religiosamente abonado como hasta aquí al fin de cada mes: deseo quedarme sola con mis hermanas y las criadas hasta que vuelva mi esposo; llamad un carpintero para que clave las puertas y ventanas, escepto una de estas que será por donde nos comunicaremos vos y yo; deseo que esto se haga inmediatamente

El anciano aragonés se separó de su hija con las lágrimas en los ojos al considerar el aislamiento en que se abandonaba su hija, por no dar que decir ni recelar á su esposo; las órdenes de Julia fueron exactamente cumplidas, quedando aquel palacio horas antes tan bellissimo y resplandeciente, envuelto en un lúgubre y sombrío silencio.



CAPÍTULO VII.



EN Córdoba ya nuestro caballero Albayaldos concurría á los salones del palacio del noble emir de la ciudad, Abderramen I: en ellos se reunía generalmente lo mas escogido de la sociedad cordovesa: unas veces se bailaba, otras se jugaba y mas frecuentemente se charlaba de todo y de todos los personajes mas conocidos que se distinguian en las letras ó en la guerra.

Una noche en un grupo formado por el dueño del palacio y varios cortesanos, recayó la conversacion sobre la fidelidad de las mujeres á sus juramentos conyugales: como era consiguiente se dividieron los pareceres, opinando unos por que el trato y la educacion contribuian sobremanera á que las mugeres conocieran al mundo y la sociedad, y por lo tanto ya incontestablemente esper- tas en el bien y en el mal fuesen fieles á sus juramentos de amor y á sus compromisos matrimoniales; de los que así opinaban era uno de ellos nuestro caballero Albayaldos. Otros, y eran los mas, opinaban todo lo contrario y entre

estos últimos se distinguía un jóven de elegante figura llamado Abdalá: este personaje se encarnizó de una manera lastimosa contra las hijas de Eva; para este jóven aturdidamente calavera, merced á sus pocos años, no habia bajo la capa del cielo ninguna muger pura, ni mucho menos que pudiera resistirse á sus obsequios. La muger, decia este jóven, es un instrumento ciego que obedece á todas las manos que lo pulsán: ella concede sus favores sabiéndola pulsar con la misma facilidad que el instrumento dá todos los sonos que la opresion ó el roce le arrancan: la muger, en fin, es un diablillo con bella y dulce apariencia, que viste faldas y usa guantes para que no le veamos las uñas con que nos desgarran las entrañas, al compás de una sonrisa hechicera ó de una mirada fascinadora. Señores: la muger es un mónstruo.

El caballero Albayaldos tomó la defensa con demasiado calor y ya estaban este y el jóven Abdalá para venir á las manos, cuando varios caballeros árabes mas se reunieron al grupo: la conversacion se interrumpió y como era de esperar volvió á anudarse y Albayaldos cargado con la fatuidez presuntuosa de su antagonista y deseoso de vengarse, le dijo:

—Caballero; segun vos mismo decís no hay ninguna muger virtuosa y pura en este mundo, y por lo mismo que se haya resistido á vuestros obsequios. Yo soy casado, mi esposa es muy jóven, casi una niña, vos sois, segun vuestro dicho, un seductor irresistible; pues bien, delante de estos caballeros, en alta voz, os reto para que durante mi ausencia seduzcais á mi muger. Estos caballeros, testigos de nuestro desafío, os fijarán un término, ó fijadlo vos mismo; y si salís airoso de vuestro empeño con pruebas irrecusables del caso, aquí está mi cabeza, sino perdeis la vuestra. ¿Qué decís?

El jóven Abdalá era valiente y recogió el guante antes que cayese en la arena.

—Aceptado, contestó, y para llevarlo dichosamente

à cabo no necesito mas que quince días, no incluyendo los cuatro que echaré en ir y volver.

—Qué me place, repuso el caballero Albayaldos; ya sabeis donde se halla mi palacio en Sevilla; en él habita mi señora; marchad cuando gustéis.

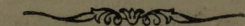
—Mañana mismo, añadió Abdalà.

Un acta formal se estendió en aquel mismo momento firmada por el emir y demas caballeros que habian presenciado el desafio. Abdalà partió al dia siguiente.

Sigámosle á Sevilla.



JUNTA DE ANDALUCÍA



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO VIII.



L jóven árabe Abdalá rodeado de un numeroso y deslumbrador acompañamiento entró en Sevilla á los dos dias precisamente de haberse ausentado de Córdoba. Creía que presentándose con régia pompa ante los ojos de las damas y sobre todo á los de la Dulcinea á quien iba amorosamente à sitiár, seria ya un paso mas que agigantado hacia su fin, y por lo tanto su entrada en Sevilla la hizo pasando por delante del palacio en donde habitaba nuestra encantadora Julia esposa de Albayaldos.

Sin darse mas descanso que el absolutamente necesario para comer y vestirse, el jóven Abdalá se dirigió solo, á pié y palpitándole fuertemente el corazon, al palacio de la plaza de Yacub-Yusuff. ¿Esta emocion en extremo agitada que sentia el jóven trovador seria presagio de siniestra desventura? seria acaso aviso fiel de futura felicidad? sigamos recorriendo las páginas mal hiladas de esta novelita y ellas nos sorprenderán quizá con alguna declaracion inesperada; mientras tanto cogamos el hilo de la narracion.

La puerta principal del edificio así como sus ventanas y balcones se hallaban herméticamente cerrados: nuestro jóven se dirigió á aquella é hizo que el aldabon de bronce hiriese con estrépito el clavo romano en que descansaba; una quietud, un silencio tenebroso sucedió en el palacio despues de estinguirse el éco ruidoso que mandó el aldabon por los patios y corredores interiores. Abdalá echaba escudriñadoras miradas hácia los balcones que tenia sobre su cabeza y aplicaba de vez en cuando el ojo y el oido á la cerradura de la puerta; empero nada, nada: siempre el mismo silencio y la misma quietud. Repitió sus golpes mas fuertes y multiplicados y tuvieron la misma contestacion; ¡silencio y quietud! Cansado nuestro jóven de llamar á la puerta y escudriñar los balcones y ventanas del piso bajo de la fachada principal, dió vuelta al edificio fija la vista y su atencion en él por si acaso se abria alguna hoja de los balcones: mas sus paseos fueron tan inútiles como los golpes dados en la puerta; ¡siempre el mismo silencio y la misma quietud!—Pues, señor, se decia el jóven entre sí, este palacio está deshabitado; el caballero Albayaldos se ha burlado infamemente de mí y si no logro ver á su señora pierdo la cabeza miserablemente; aunque bien mirado no tendria entonces valor ninguno la apuesta, puesto que el objeto principal no habria jugado en ella; empero de cualquiera manera que sea, juro ¡voto al chápíro! que aunque su muger se esconda siete estados debajo de tierra la he de encontrar y conseguir aunque forzosamente mi pretension. Ah! señor Albayaldos; fátuo presuntuoso, y te lo probaré que no se me desafia en valde y que en cualquier terreno que se ventile la cuestion, sabré vencer.

Abdalá se hacia las reflexiones precedentes siempre dando vueltas alrededor del palacio y siempre la vista fija en sus balcones; pero nada, nada se abria; siempre reinaba el mismo silencio y la misma quietud!

La noche llegó y nuestro forastero convencido que

estuvo de que en el palacio nadie habitaba, pues ni la mas pequeña claridad en él se distinguia á pesar de ser la noche oscurísima, pensó tomar lenguas á la mañana siguiente, no fuese que la esposa de Albayaldos hubiese abandonado el palacio despues de la partida de su marido á Córdoba.

Al apuntar el dia siguiente hallábase Abdalá ya frente por frente á la fachada principal del palacio y con no poca sorpresa y admiracion vió que un anciano envuelto en un largo y plegado albornóz se dirigió á una de las rejas del piso bajo y dió con el puño de su cimitarra unos suaves golpecitos en una de las hojas de la ventana: esta fué abierta por una jóven bastante bella y que con mas que amable sonrisa recibia el saludo del anciano. Nuestro jóven observaba con atencion estraña la escena que ante él se efectuaba; dábanle como impulsos de dirigirse á la reja y enterarse... de nada; porque nada habria sabido y de nada era portador: así, pues, se contuvo á su pesar y el anciano despues de cambiar algunas palabras con la jóven se retiró y esta cerró hermética y fuertemente la ventana. Nuestro atolondrado jóven en cuanto el anciano hubo desaparecido se acercó á la reja y llamó del mismo modo que habia visto llamar al viejo moro: su llamamiento fué en vano; la ventana permaneció cerrada: esperó unos momentos y despues llamó mas fuerte: la misma contestacion. ¡Voto vá! decia el jóven, se me oye y no se me abre ¿por qué será? y ese moro que apenas llega, llama y se le abre ¿quién será? estará en inteligencia con la hermosa castellana de este palacio? ¡cà, es imposible! ella jóven, bella y rica y el viejo y de aspecto miserable... ¿será el mercurio de algun jóven galan? eso es ¡voto vá! eso es ¿pero en dónde habitará ese viejillo endemoniado? ¡Ah! mi bella desconocida, ya nos veremos; parece ser por lo que he visto que no desperdiciáis el tiempo; y bien mirado eso no me dis-

gusta pues me enseña el modo como tengo de atacaros; ya sé que no haceis ascos al amor clandestino.

Estas reflexiones hechas, como comprenderá el lector, al estilo eléctrico-favorable, tranquilizaron ó por mejor decir consolaron al jóven sitiador, que ensanchada el alma y ufano cual navío de cien cañones meciéndose en las tranquilas aguas de una rada, se paseaba alrededor del palacio, arrojando de vez en cuando despoticas al par que desdeñosas miradas al edificio; tal confianza y tan gran idea tenia el jóven formada de sí mismo. Hay por desgracia en nuestra sociedad tipos tan semejantes al que en estas líneas describimos, que no nos sorprenden nada las estrambóticas y por demas visibles hazañas de tales héroes.

Al tercer dia de hallarse en Sevilla nuestro jóven Abdalá y completamente desorientado acerca de la muger que pensaba conquistar, pues todos los informes que le habian dado sobre ella habian sido verdaderamente vagos, tuvo uno de esos encuentros providenciales como los llaman los de la misma calaña del jóven, y que nosotros llamamos *satánicos* por los funestos resultados que siempre producen contra el mismo explotador; tuvo un encuentro, repetimos, que le envolvia por el pronto en una nube de felicidad; era pues que una anciana de mas que repugnante presencia le salió al encuentro cuando el jóven se hallaba dando vueltas como de costumbre alrededor del palacio: esta anciana que podia muy bien tomársela por la representacion del génio del mal, detuvo al jóven Abdalá diciéndole al mismo tiempo de interponerse á su marcha:

—Caballero me necesitais y vengo á serviros.

Abdalá frunció el entrecejo al verse detenido por aquella muger, y ya habia estendido el brazo derecho para apartarla, cuando lo detuvieron las palabras proferidas con tanta seguridad por la anciana. Abdalá era forastero, no conocia á nadie en Sevilla, estaba

pues pendiente de los recursos que él bien ó mal pudiera proporcionarse para reducir á la beldad sitiada, y por consiguiente aquel encuentro le venía como llovido del cielo: desarrugó la frente y contestó:

—¿Y en qué pueden serme útiles vuestros servicios?

—En la realizacion de vuestro amoroso plan.

—Pues que; ¿acaso yo estoy enamorado?

—Lo estais.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Vuestra constancia en rondar este palacio.

—Y bien, supongamos que así sea, ¿qué podreis hacer vos para conseguir mis deseos?

—Puedo hacer tanto que alcanzeis un completo triunfo. Empero seguidme y allí dentro de mi casa hablaremos mas despacio y libres de que nos observen.

La anciana señaló la miserable fachada de una ruinosa y pigmea casa, en la que vieja y caballero rápidamente entraron.

—Aqui, en libertad completa podremos entendernos? dijo la dueña de la casa al caballero, acercándole al mismo tiempo un fementido taburete que se sostenía derecho y entero, merced al laberinto enredoso de multiplicados lazos de cuerdas. Abdalà rehusó el asiento y permaneció de pié frente à la dueña de aquella barraca.

—Ya os escucho, hablad.

—Segun he podido notar por vuestras continuadas visitas alrededor de ese palacio, amais sin duda á algunas de las jóvenes que en él habitan.

—Es verdad; adelante.

—Tambien he podido notar que no sois correspondido en vuestra pasion, puesto que no se os escucha.

—Tambien es verdad; proseguid.

—Siendo pues todo ello cierto, y considerando yo que vos querreis à todo trance, por el mismo motivo de ser contrariado en vuestras ideas, haceros dueño del objeto de vuestro desdeñado cariño, os ofrezco mis buenos oficios para conseguirlo, ¿los admitís?

—Desde luego.

—Pues entonces explicadme sin ocultar nada todo lo que os pasa y nombradme á la persona que tanto os hace padecer, segun veo.

El jóven Abdalá contó minuciosamente á la vieja todo lo acontecido en Córdoba con el caballero Albayaldos, manifestándola desde luego que la muger de este éra el objeto, no de su pasion, sino de la imprudente apuesta que tan temerariamente habia cerrado con Albayaldos.

La vieja casera enterada pues perfectamente de todo cerró sus hundido y arrugados ojos y permaneció callada y pensativa largo rato. Despues del cual abrió sus ojuelos picaruelos y lucientes y le dijo al caballero.

—¿Teneis un empeño grande en avistaros con la dama?

—Ninguno: mas si ser pudiera.

—Lo encuentro difícil.

—¿Y entónces?

—Escojitaremos otro medio.

—¿Y cuál?

—Sí, me parece bien.... no hay duda.... es el mejor.... porque ... verla y.... sí, sí; está hecho. Todas estas frases cortadas y reflexivas fueron pronunciadas por la vieja infernal en voz casi imperceptible, asi es que Abdalá volvió á preguntarla.

—¿Y qué medio es ese pues?

—Voy á decíroslo. La entrada para vos en el palacio es imposible.

—¡Imposible! ¿por qué?

—Porque están clavadas todas las puertas y ventanas de él.

—¿Y con qué objeto?

—Con el objeto de que nadie pueda penetrar en él.

—Pues yo he visto sin embargo de lo que decís, que una ventana se abre, se asoma á ella una jóven

de no despreciable presencia y escucha atenta y risueña la conversacion que la dirige un moro anciano.

—Es cierto todo: ¿pero sabéis quién es ese anciano moro y la jóven que se presenta en la ventana?

—Si lo supiera....

—¿No lo preguntaríais? es verdad. Pues bien ese anciano es el padre de la señora del caballero Albayaldos, y la jóven que le habla por la ventana es una de las criadas de la casa.

—¿Y con qué objeto se ven todos los dias y se hablan? como es que siendo ese anciano padre de la dueña y señora del palacio no entra en él? ¿á qué tanta publicidad al par que tanto misterio?

—Aguardaba esa andanada de preguntas, dijo la vieja con notable serenidad: voy á contestarlas. Se ven todos los dias, con el objeto de introducir por la reja la comida diaria de las nueve mugeres que habitan dentro del edificio. Aunque ese anciano es padre de la dueña de la casa, le está prohibida, por ahora y mientras dure la ausencia del caballero Albayaldos, la entrada en el palacio: y toda esa publicidad y todo ese misterio es para dar á entender que la virtud, ¿me entendeis? es el norte de esa señora castellana y familia. Así, pues, comprendereis ahora que estándole privada la entrada al padre del ama del palacio en este edificio por la sola circunstancia de ser hombre, para vos es absoluta y poderosamente imposible se abra la puerta.

—Os comprendo: dijo el jóven Abdalà, arrojando al mismo tiempo un profundo y prolongado suspiro.

—Mas no por eso perdais las esperanzas de salir vencedor del lance.

—Veamos el cómo.

—Es muy sencillo. No siéndoos posible ver á la dama y por lo tanto no hablarla, no podeis amorosamente llevar á cabo vuestro plan. Los dias corren que es una maravilla y el término de que podeis dis-

poner toca á su fin. En consiguiendo el que os habeis propuesto, os será indiferente que sea así ó asá, ¿no es cierto?

—Ciertísimo.

—Yo cuento, si vuestros ofrecimientos no desmienten la generosidad de que yo os hago dueño, con elementos suficientes para tener y entregaros mañana à estas horas pruebas irrecusables que os saquen airoosamente de vuestro empeño: con estas pruebas y de ello vos mañana os convencereis, el marido de esa dama virtuosa bajará la cabeza confundido y se entregará à vos como vencido.

—Y bien; qué es preciso que yo haga por eso?

—Vos, nada: yo lo haré todo.

—Entonces...

—Ajustémonos y al grano

—¿Cuanto pedís?

—Poca cosa: mil duros limpios.

—Los tendreis; repuso el jóven sin vacilar.

—Dadme esa mano, y agur.

El jóven Abdalà tocó aquella mano fria y descarnada y sintió à su contacto una cosa tan desagradable que le hizo salir cuanto antes de aquella cloaca para desahirse de la angustia amarga y cruel que le oprimía el corazon. Al encontrarse solo quiso hacer algunas reflexiones sobre tan inesperada entrevista con aquella muger, mas era en vano. La innoble y repugnante figura de la vieja, el acento acre y penetrante de su voz, el vivo movimiento y brillantéz de su mirada tan impropia de una persona que raya en la senectud; todo, todo contribuia à que la imaginacion del jóven estuviere como esclava del recuerdo de la vieja.

Esta, tan pronto como el sol tocaba à su ocaso estendiendo sobre la poética Sevilla su manto nocturno, se atavió con alguna decencia y cubierta así bajo un antifaz agradable su infernal hipocresía y sus maquiavélicos fines, salió à la calle: nosotros la seguíamos à

una prudente distancia aguijoneados por la curiosidad que nos inspiraba aquella figura, emblema del mal.

Poco tuvo que andar para llegar al término de su viaje: frente à la puerta principal del palacio que tanto conocemos, se paró; su descarnada mano empuñó el llamador de bronce y repetidas veces lo dejó caer sobre la enorme cabeza del clavo en donde aquel descansaba: ecos producidos por el metal y ahuecados por la madera de la puerta y el espacio de patios y corredores, llenaron el ámbito de todo el edificio. La ventana que tambien conocemos fué abierta por una jóven que preguntó á la que llamaba que era lo que se la ofrecía.

La interpelada se aproximó á la reja y le dijo su nombre á la jóven: esta cerró la hoja de la ventana que á los pocos instantes volvió á abrirse por la misma persona, quien profirió, dirigiéndose á la muger que llamaba, las para esta, consoladoras palabras.

—Esperad, que van á abriros.

Si alguien nos hubiera acompañado habria visto como nosotros vimos que la vieja al oír las palabras de la jóven sirvienta se puso la mano sobre el corazon como para contener sus punzantes latidos, y una sonrisa de satánica satisfaccion retozó en sus secos y lívidos labios haciendo mas siniestra la mirada escudriñadora que en su derredor primero, y despues sobre la ventana hechàra.

Pobre paloma que estás en tu nido acariciando con tus maternales arrullos à tus tiernos pichones, y con plumage prestado de paloma tambien, el milano carnívoro y sanguinario se introduce en tu hogar y se coloca hipócrita à tu lado; pobre paloma que en medio de tu mas dulce felicidad vas á ser sacrificada por la voracidad de tu mas cruel enemigo.....

Los repetidos golpes de martillo que se oían hacia la parte interior de la puerta principal, denotaban que esta iba á ser abierta ¿qué nombre habria pronunciado esta miserable muger que conocemos, para que tanta

prisa manifestase la dueña del palacio en recibirla? qué lazos podrian ser los que uniesen á mugeres tan distantes una de la otra? qué misterios podria haber de comun entre ellas dos? que nombre, repetimos, seria el suyo cuándo las puertas que permanecian clavadas para un padre y para todo el mundo se abriesen para ella con tanta precipitacion? no lo sabemos. Arcanos hay en este mundo tan profundos que siempre que hemos querido quitarles el velo que los cubre, hemos tenido que abandonar nuestro propósito al vernos totalmente envueltos entre los pliegues sofocantes de la duda, de la incertidumbre y de la vaguedad.

La puerta por fin se abrió y dió paso á la muger que con tanta curiosidad como insistencia seguimos; tras ella volvió aquella á cerrarse otra vez.

Nuestra heroína, pues tanto en el bien como en el mal puede haber celebridades, fué introducida en un lujoso salon en donde se hallaban la dueña del palacio y sus dos hermanas: la primera se levantó precipitadamente al verla entrar y se arrojó en los brazos que la recién llegada le abriera: las segundas con menos exaltacion, empero con bastante alegría, la tendieron la mano.

—¿Cómo os encontráis, madre mia? ¡tanto tiempo sin saber noticias de vos!... Estas preguntas fueron dirigidas por la esposa de Albayaldos á la forastera.

—Yo siempre buena, hija mia, adios gracias: continuamente pensando en tí, y sino te he dado noticias de mi persona, ha sido porque todos los dias creia poder venir á verte. Hoy en fin, hija mia, se realiza mi codiciado deseo y tengo el grandísimo placer de estrecharte contra mi corazon. ¿Y tú, como estás? te encuentro hecha una arrogante moza, y... dueña de este palacio?.. qué cambio es este?

—Habeis de saber, madre mia, contestó llevándose la hacia un mullido canapé, que me he casado con un caballero noble y muy rico.

—La fortuna, hija mia, es protectora tutelar de la belleza.

—Gracias, madre mia. ¿Y tendremos, el gusto de teneros entre nosotros por muchos dias?

—Por hoy no mas, hija de mi corazon: mañana muy tempranito tengo que marcharme indispensablemente; todo está ya preparado; mi venida ha sido primero nada mas que por verte, y segundo por despedirme de tí para siempre, porque, hija mia, ya no nos volveremos a ver quizás. El pañuelo limpió dos gruesas lágrimas que se desprendieron de sus arrugados párpados.

—¿Con qué tan pronto nos abandonais?

—Así lo exige cierto asunto que no admite dilacion, hija mia.

La conversacion giró todo el dia por el mismo estilo de lo que espresamos en las anteriores líneas, por lo que la suprimimos para no cansar al lector: solo la anudaremos despues de la cena, hora en que iban a recogerse; héla aquí:

—Ya es hora que os entregueis al descanso, madre mia, pues segun decís os pondreis muy de mañana en marcha para vuestro pueblo, seguidme y al lado de mi habitacion está preparada la vuestra.

La inocente cuanto hermosa castellana alargó la mano á la forastera; esta se asió de ella y despues de despedirse de Esperanza y Consolacion se perdieron precedidas de una criada que llevaba una bugía en la mano, por las habitaciones interiores. Durante la marcha por los alfombrados pavimentos de salones y gabinetes entablaron la conversacion siguiente:

—Hija mia; quiero pedirte un favor.

—Y es, madre mia.

—Que me concedas dormir esta noche en tu compañía. Dios sabe si nos volveremos a ver mas, y por lo mismo deseo tener el intenso placer de tenerte las horas que faltan para saporarnos, estrechada contra mi corazon; ¡te he querido siempre tanto!!

—Sino es mas que eso, con mucho gusto, madre mia; es un favor que os concedo de muy buen grado; así pues entremos por este otro corredor que es el que dirige à mi dormitorio.

Ambos personajes se perdieron tras los ondulantes pliegues de una cortina de terciopelo encarnado.

Nos abstendremos de describir el interior de tan precioso como lindo gabinete oculto tras la cortina de terciopelo, porque su descripción, aunque no tan completa como quisiéramos, jugará muy en breve en el curso de esta novela.

Dentro ya nuestras mugeres del dormitorio, despedida la criada y cerrada la puerta, se despojaron de sus atavíos y despues de rezar una corta oracion y darse las buenas noches, se acostaron.

La bella dueña del palacio al recostar su lindísima cabeza sobre la almohada, fué recibida con un sueño apacible, entre los brazos de la candidez y la inocencia. No así la anciana forastera cuyo título de madre hemos visto le ha sido dado repetidas veces por el angel que dormía tranquilamente à su lado. Sus ojos naturalmente plegados; su respiracion medio contenida y su completa inmovilidad; habrian denotado à su jóven compañera que tenia à la espalda que el sueño mas agradable y sosegado habia narcotizado dulcemente sus miembros descarnados y rugosos.

Al cabo de tres cuartos de hora que iban trascurridos desde el momento en que razonablemente se calculaba dormiria la dueña del palacio; segun lo demostraba su respiracion uniforme y sostenida, y su sonrosada boca graciosamente entreabierta; la forastera, que aunque permanecia con los ojos cerrados, espíaba à la jóven, abrió aquellos y con la prudente precaucion que el caso requería, se separó cuanto pudo de la jóven y lentamente fué incorporándose hasta encontrarse cómodamente sentada sobre la cama: una mirada de triunfo


y una sonrisa infernalmente satisfactoria retozó en los labios secos de la forastera.

Su mano descarnada se perdió por entre los pliegues de su ropaje y salió empujando una diminuta caja y una enroscada cerilla; la mano volvió à ocultarse por segunda vez y apareció al instante con un papel y un lapiz.

La forastera hirió con la uña de su dedo pulgar derecho la cápsula de un misto y encendió la cerilla: á la claridad de la luz se veía perfectamente hasta el mas insignificante arabesco de la alfombra y dibujo de las paredes. La forastera, con tranquila calma, se entregó á una minuciosa inspeccion de las pinturas, adornos, muebles y demás cosillas que decoraban el dormitorio; la cama fué asimismo detenidamente registrada; un rizo de cabellos de la jóven y los vellos de un lunar negro y hermoso que tenia sobre el hombro derecho, fueron víctimas de las tijeras que para ello sin duda llevaba, siendo cuidadosamente envueltos en un papelito que guardó en una bolsita que la pendia del cuello.

El lapiz reemplazó á las tijeras y minuciosamente fué apuntado todo en su papelito: cuando nada hubo ya que inspeccionar la forastera apagó la cerilla, guardó todos los adminículos de escribir y se dejó caer lenta y perezosamente en el lecho. La jóven dormia profundamente. ¡Infeliz! ignoraba que el recibimiento hecho con tanto cariño á la que ella llamaba su madre, habria de envolverla mas tarde en un torbellino de desgracias. ¿No es una amarga tristeza que la felicidad, esos momentos tan rápidos de placer, sean al instante turbados por la horrible fatalidad? no es angustioso y desgarrador que un segundo de dicha sea espiado por un siglo de tormentos? mas, que le hemos de hacer: Dios con su infinita sabiduría lo dispuso así al dar vida al primer hombre, y la humanidad no tiene que hacer mas que someterse resignada á tan omnipotente disposicion.

CAPÍTULO IX.



ERIAN las cuatro y media de la madrugada del día siguiente al que hacemos mérito en las líneas precedentes, cuando en el palacio que conocemos se notaba bastante movimiento: un grupo de mugeres precedidas por otra con una luz en la mano, se dirigia à la puerta principal del edificio: cuatro pasos antes de llegar à ella el grupo femenino hizo alto: la jóven que llevaba la luz dejó esta sobre el suelo, y con un martillo y unas tenazas se dispuso á desempeñar las funciones de carpintero; para comenzar, no esperaba, segun su actitud, mas que una seña ó una palabra; poco tuvo que esperar.

—Ya puedes abrir, Felisarda. Esa orden fué dada por la bella Julia.

—Hija mia, dijo la forastera medio lloriqueando, no puedo espresarte lo mucho que siento separarme de tí tan pronto.

—Yo también lo siento, madre mia; contestó Julia, extraordinariamente enternecida.

—Pero consuélate, hija mia; tu recuerdo lo llevo aquí, sobre mi corazon, y no me abandonará hasta morir.

—Gracias, madre mia, gracias: yo tambien os conservo en mi memoria.

Durante este corto diálogo, Felisarda, robusta jóven, habia abierto la puerta y las otras mugeres que les acompañaban permanecian silenciosas un poco retiradas de nuestras dos amigas.

—La puerta està ya abierta, señora, dijo la sirvienta.

—Bien, espera. ¿Quereis, madre mia, que os acompañe Felisarda?

—Muchas gracias, hija mia, ya està rayando el dia y mi posada no està léjos: adios; sé siempre digna de tu nombre y de tu familia, este será mi mayor consuelo; adios, hija mia, hasta al valle de Josafat.

—Adios, madre mia, repuso Julia derramando abundantes lágrimas, y ambas se estrecharon contra su corazon.

—Adios, señoritas: conservarse bien y no olvidarse de esta pobre anciana que tanto os aprecia: proferidas estas palabras, que se dirigieron á las hermanitas de Julia, desapareció.

La puerta se cerró tras ella, y Felisarda, con mano fuerte, clavó los clavos que impedian toda tentativa de abrirla.

Julia, sus hermanas y su femenina servidumbre volvieron á ocupar los lechos que habian abandonado momentos antes por causa de la forastera.

· Sigamos á esta.

· Al salir del palacio se dirigió con paso acelerado hacia la habitacion en que ya la hemos visto con el jóven Abdalá: llegó á ella, sacó una llave de la faltriquera de su vestido y con mano diestra abrió precipitadamente la puerta: esta se cerró tras ella apenas hubo entrado; nosotros, sùtiles cual un ente invisible éntramos á la par que la vieja objeto de nuestra tenaz curiosidad; íbamos á descubrir un misterio tan grande, y que cual una espina de aguda punta nos lastimaba nuestra alma! la cortina que cubria el enigma

para nosotros insoluble, iba á levantarse muy en breve, poniéndonos en claro el parentesco que mediaba entre tan miserable muger y la cándida y hermosa Julia. ¡Madre! Hija! ¿serà posible que fuese así? mas, como vivian completamente separadas la una de la otra? como hacia tanto tiempo que no se habian visto, si hemos de dar crédito à las primeras palabras proferidas al versé en el palacio hacè unas cuantas horas? que abismo seria ese que se hallaba abierto entre estos dos séres que al parecer tanto se amaban? y si eran realmente madre é hija, ¿cómo à las hermanitas de Julia no las habia prodigado las mismas caricias que à esta, ni las habia dado el dulce nombre de hijas? misterio es este en verdad que nos enloquece y nos angustia: mas, esperemos unos momentos: el jóven Abdalà vá à llegar de un instante à otro y vá à despejarse la incógnita; pronto vamos à desterrar la incertidumbre y el pesar que ahora gravita sobre nosotros: llaman à la puerta, la dueña de la casa se despoja de algunas prendas superfluas de su lujoso vestido, las coloca tranquilamente sobre una mesa negra y medio desvencijada, compone la luz del velon que arde sobre la cornisa de la chimenea y se dirige à la puerta. El que llamaba repitió varias veces su llamamiento; en esto se notaba que le devoraba grande impaciencia: la puerta al fin se abre y el jóven Abdalà atraviesa su viejo y ruinoso dintel: la puerta es cerrada cuidadosa y sigilosamente y la vieja y el recién llegado entran en la habitación en que nosotros nos hallabamos; la conversacion entre ambos vá entablarse; oigamos:

—¿Supongo que ya tendreis en disposicion de entregarme lo que me teneis ofrecido? dijo Abdalà tomando asiento aunque con trabajo en un negro y sucio taburete.

—Todo está listo; y en verdad caballero que todo ello constituye un tesoro: hay prendas tan estimables

entre lo que os voy á entregar ¿y vos traeis lo que recompensa mi trabajo y mi astucia?

—Lo traigo; aquí lo teneis. Abdalá sacó una bolsa de cuero y en monedas de oro completó la cantidad estipulada en la primera entrevista como premio de la grande infamia que la vieja habia cometido.

Mas nos estraviamos lector y adelantamos los comentarios: dejémosles á ellos revelarnos el enigma.

—Bien; ahora escuchadme.

—Os escucho.

La vieja sacó la bolsita que pendia de su cuello y la abrió; lo primero que estrajo de ella fué un papel.

—Oid. Este papel os esplica sucinta y claramente todos los muebles que componen el ajuar del dormitorio de la señora esposa de vuestro competidor, los dibujos de los tapices y alfombra y de la pintura al fresco del techo; la madera y adornos de que se compone el lecho nupcial de Julia y Albayaldos, la estatura de aquella, su color, sus facciones la espesura de sus cejas y lo largo y sedoso de sus pestañas; en fin su retrato. Este otro papel encierra un rizo de sus cabellos, y este ultimo los vellos de un lunar del tamaño de un cuarto, negro como el azabache que tiene sobre el interior de su hombro derecho; todo es vuestro, tomadlo y me parece que hemos cumplido ambos con lo pactado. ¿Estais contento?

—Lo estoy. Abdalá, manifestando en su semblante su ansiosa avidéz cogió todos aquellos datos que le hacian ganar la apuesta al confiado caballero Albayaldos. Despues que todo fué cuidadosamente guardado, dirigió á la vieja la siguiente pregunta.

—Para mi tranquilidad; para conservar en estos papeles y estos cabellos completa fé y confianza, desearia me esplicáseis de que modo os habeis valido para adquirirlos; ese palacio puede decirse que está encantado y la entrada está vedada terminantemente á todo el mundo ¿qué decís?

—Voy à complaceros.

—Soy vuestro, comenzád. Abdalá se convirtió todo en oídos; pues calculaba que à no ser el mismo Satanás en persona, no podía por sí mismo haberse proporcionado tantos datos y todos tan fehacientes.

—Hace ya mas de cuarenta años que conozco à los principales troncos de la familia de la dueña de ese palacio su madre era hija de unos moros originarios de Fez que hace esa suma de años que se establecieron en esta ciudad. Los abuelos maternos de la esposa del caballero Albayaldos sucumbieron hace ya muchos años víctimas del cólera. La madre de Julia quedó muy niña y la recogió una parienta lejana de su padre: creció al lado de sus parientes y al cumplir los diez y ocho años se casó con el padre de Julia y sus hermanas. Al dar à luz à Julia, murió y quedó esta de ocho dias de nacida sin el calor maternal; una mora conocida mia y que se parecia tanto à mí que nos confundian y la generalidad de las gentes nos tenían por hermanas, dió sus pechos à la recién nacida; sus hermanitas Esperanza y Consolacion tenían entonces la una cuatro años y la otra dos y medio. Esta muger que amamantó à Julia y la sirvió de segunda madre hasta que la niña cumplió tres años, se ausentó de Sevilla y murió hace ocho años en Velez Malága: mi parecido con la difunta es lo que me ha servido para introducirme ayer en el palacio: la ausencia del padre de Julia ha protegido nuestro plan, pues él me conoce personalmente y conoce à la que sirvió de madre à Julia: por sus hermanas nada tenía que temer pues eran muy niñas en aquella época. Aquí teneis, caballero el medio por el que he penetrado en el palacio y me he proporcionado los datos tan preciosos que teneis ya en vuestro poder. Con ellos confundireis à vuestro contrario y le hareis confesar que es verdad que habeis dormido con su muger en su mismo lecho nupcial.